

El desarrollo social: Imperativo impostergable, responsabilidad de todos

LORENZO SERVITJE.

Al examinar la realidad de nuestro país, en sus diversos aspectos, nos damos cuenta que nos abruma la incertidumbre y la frustración. Nos preguntamos el porqué de un sinnúmero de tensiones, conflictos y problemas no resueltos.

La ciudadanía es débil ante el poder público. No se protesta si las leyes se violan. Casi nadie se preocupa de las grandes diferencias en el ingreso y la riqueza. Poca gente se inclina por ayudar a los más necesitados. Las actividades políticas se dejan a unos cuantos. Y también a unos cuantos la defensa y promoción de intereses gremiales y profesionales. Las organizaciones de la sociedad civil suelen ser precarias y poco eficientes. Los vecinos no se interesan por su comunidad ni los padres de familia por la escuela de sus hijos. Hay indiferencia ante el deterioro del medio ambiente. Muy pocos se involucran en algo que no les redanda un beneficio inmediato. Prevalece la cultura de lo "mío"; lo demás no importa. La causa de esta situación es lo que hace años el pensador y filósofo Carlos Siri denominó el "quietismo social". Afirmaba que en nuestros países de América Latina la gente lo espera todo del Estado; todo le pide y sin embargo le da lo menos posible. La anemia social es la que origina la hipertrofia política.

En nuestro medio prevalece el hombre aislado, dedicado a sus fines particulares e inmediatos y totalmente desinteresado de los demás. Hay apatía para realizar, junto con otros, aquello que podría beneficiar a todos. Hay indiferencia ante las necesidades de muchos, por tener satisfechas las propias. La ley de la selva, el derecho del más fuerte -aunque disimulados-, todavía sobresalen en las relaciones sociales.

La mayoría de la gente, desgraciadamente, rehuye toda responsabilidad social. En su interior considera ilusos y aun necios a quienes se preocupan por los demás, que se asocian para ayudar o servir a otros, que no aceptan que el bien común pueda crearse necesariamente sólo de la búsqueda por cada uno de su bien particular.

Y ante esta pasividad de los individuos, ante este quietismo social, surge como fenómeno compensatorio el estatismo: el Estado que crece y se desorbita ante la apatía de individuo y se apodera de funciones y actividades que no le corresponden. El Estado que, por una voluntaria minoría de edad de los ciudadanos, todo lo planea, todo lo controla, todo lo provee. El totalitarismo, fase final del estatismo, tiene sus raíces en el quietismo social.

Peter Drucker ha dicho que la idea de que la solución a los problemas sociales sea permanentemente una tarea del gobierno y para la cual ninguna otra institución es adecuada, data de hace no más de 200 años. Es hija de la Ilustración del siglo XVIII. Que en el siglo siguiente se vio el florecimiento de esta nueva idea, al afrontar los

gobiernos un problema social tras otro y resolverlo con éxito. Y que en el siglo actual, especialmente en los últimos 50 años, esta idea se ha elevado a la categoría de artículo de fe, al punto que mucha gente considera prácticamente inmoral y ciertamente inútil el que una necesidad social sea afrontada por algún medio que no sea un programa gubernamental.

Y sobre esta cuestión, de un modo semejante se expresó Alexis de Tocqueville, famoso pensador francés del siglo pasado. En uno de los capítulos más celebrados de su libro *La democracia en América*, afirmaba que "las multitudes democráticas, separadas de la jerarquía, aisladas de las comunidades tradicionales, confinadas a la intimidad de sus mentes y corazones individuales, podrían llegar a sentir que el único poder que quedaba, el del Estado, no era una tiranía sino una forma de comunidad superior y más benévola".

"Por encima de esta raza de hombres -decía Tocqueville- se establece un poder inmenso y tutelar, único que toma a su cargo asegurar su satisfacción y cuidar su destino. El poder es absoluto, minucioso, regular, providente y manso. Sería análogo a la autoridad paterna si, como ésta, su objetivo fuera preparar a los hombres para su madurez, pero procura por lo contrario, mantenerlo en una infancia perpetua...: "

Todos los seres humanos tratan de adquirir la capacidad de sobrevivir y convivir, mejorar su condición, aprovechar su potencial y alcanzar así la meta legítima de la felicidad. Y podría decirse que su desarrollo es todo aquello que les impulsa a avanzar y progresar en el logro del bienestar material -alimentación, vestido, vivienda, salud, entretenimiento- y también todo lo que simultáneamente por su naturaleza espiritual les impulsa a ascender y superarse para una vida más digna y plena, lo que se ha llamado su "bienser". Parafraseando a Teilhard, sería un movimiento hacia adelante y arriba en una síntesis de esperanza.

Pero el hombre no es un ser aislado que se basta a sí mismo. El hombre es un ser social por naturaleza. En la sociedad nace, crece, vive y muere. Necesita de ella para conservar su existencia y alcanzar su perfeccionamiento en todos los órdenes.

El individualismo afirma que el carácter social del hombre es puramente accidental. Atribuye a la persona humana un autonomía absoluta y exagera sus derechos y su libertad, otorgándoles un valor incondicional. Los socialismos, por el contrario, exageran los derechos de la colectividad, desconocen el valor propio y trascendente del hombre y no le reconocen frente a la colectividad más derechos que los que ésta tenga a bien concederle. El pensamiento social cristiano, se aleja de estos extremos, y defiende al mismo tiempo la eminente dignidad de la persona humana y la necesidad de la sociedad para su integral desenvolvimiento.

Los individuos realizan su propia perfección mediante su actividad y responsabilidad personales; pero solamente llegan a hacer fructuosos sus esfuerzos mediante la ayuda complementaria que les da su cooperación en la sociedad. Esta ayuda mutua, que todos necesitan y a la que todos deben colaborar, permite alcanzar el bien común. Ese bien que consiste en el conjunto de condiciones sociales (recursos, valores, leyes, costumbres, instituciones) que hacen posible el pleno desarrollo de las personas y los grupos. Se cumple con la llamada justicia social cuando cada uno aporta, en la medida que puede, todo lo que es necesario para que se cree un acervo de bienes del que

todos se pueden beneficiar. Este bien común no es un simple agregado cuantitativo de lo aportado, sino un acrecentamiento de ello como resultado de la recíproca vinculación.

En esta dinámica de aportación y beneficio mutuo son fundamentales los principios que deben inspirarla. El principio de la igualdad esencial de todos los seres humanos por ser, en el orden natural, individuos dotados de razón y voluntad libre, y en el sobrenatural por haber sido creados a imagen y semejanza de Dios, que les confiere todo ello la eminente dignidad de ser persona humana.

También el principio de solidaridad por el que debemos sentir como propia la situación de los demás y empeñarnos en procurar su bien. Y el de la subsidiaridad por el que debemos pugnar porque las personas y los grupos menores hagan lo más posible y los mayores y el Estado sólo lo necesario.

La realización práctica de estos conceptos: contribuir al bien común, cumplir con la justicia social, activar la sociedad y respetar la subsidiaridad, implica desde luego combatir lo que hemos denominado el "quietismo social".

Todo esto nos lleva a profundizar en el tema: "Desarrollo social, imperativo impostergable, responsabilidad de todos".

No hay duda que el desarrollo, eso que mueve a los seres humanos a luchar y trabajar por su bienestar y su bienser... que les permite mejorar su condición y ser más, es responsabilidad primaria de cada uno. Se ha repetido hasta la saciedad que cada uno debe ser el autor de su propio desarrollo.

Al expresarse que el desarrollo sea social, podría decirse que con ello se subraya que en el proceso de desarrollarse los seres humanos deben preocuparse también por el bienestar y el bienser de los demás y trabajar y luchar con ellos para conseguirlo. La sinergia que ocurre en la cooperación y la ayuda mutua arroja resultados insospechados.

Hemos visto que el quietismo social es la causa de que no se corrijan muchos de los males que nos aquejan. Para lograrlo se nos abre el camino de promover el desarrollo pleno de las personas y los grupos que nos rodean. No sólo pugnar porque cada uno haga la parte que le toca, sino también que cada día haya más líderes y guías sociales, en los distintos campos de actividad, que asuman la responsabilidad de señalar objetivos, de unir voluntades y de orientar y animar a todos a llevar a cabo la obra en beneficio común.

Al llegar a este punto deseo relatar el caso notable de Jason Hardman. "Corre el año de 1980, Jason tiene 10 años y es hijo de un oficial de la Marina que es trasladado a Elsinore, Utah, Estados Unidos, población de 680 habitantes. Allí no hay biblioteca. Jason está acostumbrado a leer y la biblioteca es importante para él. Se le ocurre que debe fundarse una. Encuentra 3,000 libros guardados en una bodega. Inoportuna al Alcalde y al Consejo Municipal para aprovecharlos. Finalmente le dan un sótano. Con el trabajo de él, de su familia y de voluntarios a los que invita, se habilita la biblioteca. Con dificultades va creciendo. Al cabo de algún tiempo se publica su historia en un periódico de Salt Lake City, capital del estado. En 1982 llega al conocimiento de la Comisión Nacional de Bibliotecas. Aparece en programas de

televisión y comienza a recibir libros de todo el mundo, nuevos y usados y donaciones en dinero. Para entonces la biblioteca llega a 14,000 volúmenes. Aparece en una sesión del Congreso de Utah y finalmente se entrevista con el presidente Reagan".

La historia admirable de un niño que supo organizar, crear y servir a su comunidad.

En esta Asamblea de la Coparmex y ante ustedes, compañeros empresarios, al hablar de desarrollo social, debo hacerlo insistiendo que es una responsabilidad impostergable de todos y cada uno de nosotros.

Tenemos esa responsabilidad en lo personal, como padres de familia, como miembros de una comunidad, como ciudadanos de nuestro país. El mercado es frío e impersonal. El Estado es distante y poderoso. Sólo en la comunidad, como en la familia, se encuentra el calor humano, la confianza, la ayuda mutua, el afecto que hacen que la vida pueda vivirse con esperanza. Hay que pugnar porque esos rasgos comunitarios, en alguna medida, influyan en la sociedad. Y es indispensable que cada día más, la sociedad sea orientada y animada por ese puñado de hombres buenos, sin los cuales finalmente toda sociedad decae y muere. Johanness Messner les llamaba a estos hombres fuerzas regeneradoras de la sociedad y Toynbee también así a las minorías creativas como motores de la historia.

Sin duda alguna, los empresarios somos líderes sociales. Tenemos autoridad, conocimientos, recursos y relaciones. Por ello tenemos la capacidad de hacer mucho y no sólo en el ámbito económico, propio de nuestra empresa. Y porque podemos, tenemos la responsabilidad de hacerlo. Somos los primeros responsables del desarrollo social. Tanto en favor de quienes trabajan con nosotros en el interior de la empresa, como hacia afuera en favor de los miembros de la sociedad, en la que nuestra empresa existe y trabaja. Esto es lo que se ha llamado la responsabilidad social de la empresa.

¿Cómo hacerlo? En el interior de la empresa, contribuyendo al pleno desarrollo de quienes en ella trabajan, de las mil maneras que las técnicas de relaciones laborales y nuestro sentido humano aconsejan. Hacia la sociedad, contribuyendo al pleno desarrollo de la misma, respetando y promoviendo sus valores fundamentales. Y también de las mil maneras en que puede hacerse: participando en los organismos empresariales y apoyándolos lo más posible, ayudando, según nuestra particular inclinación, a obras asistenciales, educativas, culturales, ecológicas, cívicas y de promoción humana. Sin soslayar tampoco nuestra responsabilidad personal de participar de algún modo en política, si queremos contribuir con eficacia al bien común. La abstención política de muchísimos mexicanos es la causa de gran parte de los males que padecemos.

El desarrollo social implica un cambio profundo en la conducta de la gente. Por eso hay que insistir en que la causa eficiente del bien común es siempre, en último término, las manos y el cerebro de los individuos. O como lo proclamó Juan XXIII en su sentencia inmortal: "El hombre es, necesariamente, la causa y el fin de toda obra colectiva—. Y por ello deseo concluir con las inspiradas palabras de Carlos Sirj en su libro *La patología de la sociedad*: "Debe reconocerse que los hombres buenos representan, en la comunidad, la única semilla, el fermento y la fuerza decisiva para los cambios históricos que requieren la sociedad y el Estado. Con el reconocimiento de que

tales cambios no se logran, en primer término, promoviendo directamente la moralidad y las prácticas sociales, sino ante todo, educiendo -educando- la ética personal en la comunidad, como lo han hecho siempre los más grandes bienhechores de la humanidad -los santos, los profetas y los discípulos de los profetas- que no se han preocupado por reformar inmediatamente a la sociedad y al Estado, sino por reformarse a sí mismos según una ética que los lleva a la propia perfección esencial y, con ella, a la perfección del prójimo... Permanentemente empeñados en que rijan soberanas, en cada hombre, las leyes del Creador y Señor de todas las cosas...".

Empresario mexicano. Este trabajo fue presentado ante la LXVIII Asamblea Nacional Ordinaria de COPARMEX, "Estrategias para evitar la recurrencia de las crisis", celebrada en la ciudad de México entre el 7 y 8 de marzo de 1996.

Economía nacional
Seguimiento y proyecciones

